

Éric-Emmanuel
Schmitt

**FÉLIX Y LA FUENTE
INVISIBLE**

Traducido del francés por M.^a Dolores Torres París

Título original: *Félix et la source invisible*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Albin Michel, 2019

© de la traducción: M.^a Dolores Torres París, 2020

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-805-2

Depósito legal: M. 38.666-2019

Printed in Spain

Quien bien mira acaba viendo.
Proverbio africano

—¿No te das cuenta de que tu madre está muerta?

Mi tío señalaba a mamá delante del fregadero, alta, erguida, demasiado pálida, que acababa de lavar la vajilla colocando un plato en la parte superior de la pila.

—¿Muerta? —susurré.

—¡Muerta!

Con su voz cavernosa, mi tío había repetido la palabra tan violentamente que, más pesada que un cuervo, llenó la cocina, tropezó con los muebles, rebotó contra las paredes, golpeó el techo y luego huyó por la ventana para agredir a los vecinos. Gutural, estridente, deshilachado, el sonido se fragmentó en ecos por el patio de luces.

El silencio se restableció bajo el balanceo de la bombilla.

El graznido no había afectado a mamá, que, absorta, se puso a contar los platillos de café. Me mordí los labios ante la idea de que sufriese una nueva crisis de *calculitis*; últimamente, cuando hacía un inventario, lo repetía de nuevo durante horas.

—Muerta, querido sobrino, muerta. Tu madre no reacciona a nada.

—¡Pero se mueve!

—Te dejas engañar por un detalle. Si lo sabré yo, que entiendo de fiambres; los he visto a porrillo en nuestra casa.

—¿En nuestra casa?

—En la aldea.

—¡Querrás decir en tu casa! ¡Para mamá y para mí, nuestra casa está aquí!

—¿En Malville?

—¡Belleville! ¡Vivimos en Belleville!

Le había gritado. No soportaba que mi tío despreciase aquello que me llenaba de orgullo: París, el pulpo del que yo era un tentáculo; París, la capital de Francia; París con sus avenidas, su periférico, su dióxido de carbono, sus atascos, sus manifestaciones, sus policías, sus huelgas, su palacio del Elíseo, sus escuelas, sus liceos, sus automovilistas que ladran, sus perros que ya no ladran, sus bicis eléctricas, sus cuestas, sus tejados cenicientos donde se camuflan las palomas grises, sus brillantes adoquines, su asfalto gastado, sus grandes almacenes centelleantes, sus ultramarinos abiertos toda la noche, sus bocas de metro, su tufo a alcantarilla, su atmósfera de ozono después de la lluvia, sus crepúsculos rosados de contaminación, sus farolas mandarina, sus juerguistas, sus glotones, sus vagabundos, sus borrachuzas. En cuanto a la Torre Eiffel, nuestro pacífico gigante, la nodriza de acero que vela por todos nosotros, cual-

quiera que no la venerase, en mi opinión, cometería un sacrilegio.

Mi tío se encogió de hombros y continuó:

—Tu madre no nació aquí, vio la luz en la sabana. ¡Carray!, me encanta la expresión *ver la luz*, le va que ni pintada a Fatou, que se escurrió de la barriga de su madre un domingo en plena canícula. Me acuerdo como si fuera hoy, yo sudaba la gota gorda. ¿Y tú, a qué hora naciste?

—A las doce y media de la noche.

—Bueno, lo que yo pensaba: tú no viste la luz, tú viste la oscuridad.

Se rascó la barbilla.

—¿Y dónde?

—En el hospital.

—¡En el hospital! En el hospital, como si tu madre se estuviera muriendo... En el hospital, como si un embarazo fuese una enfermedad... Enfermeras y médicos, eso es lo primero que viste, ¡qué lástima! Pobre Félix, ¡cómo vas a entender a tu madre!

Los ojos se me llenaron de lágrimas sin que pudiese remediarlo, cosa que me exasperó. ¡Basta de sensible-rías! Bastante tenía con ser un niño de doce años, no había necesidad de empeorar la situación convirtiéndome en un estúpido llorica... La rabia frenó mis lágrimas y me permitió replicar:

—Yo quiero a mamá.

Mi tío me puso la mano sobre la cabeza; creí que iba a aplastarme el cráneo hasta que me invadió la paz que emanaba de la palma de su mano y las articulaciones nudosas.

—No lo dudo, hijo. Pero amar no es lo mismo que entender. ¿Te das cuenta de lo alicaída que está tu madre?

—¡Evidentemente! Por eso te escribí, tío, suplicándote que vinieses de Senegal.

—Muy bien. Hablemos de hombre a hombre.

Se sentó a horcajadas en la silla, mirándome de frente.

—¿Qué dice el médico?

—Que tiene una depresión.

El tío Bamba abrió los ojos como platos y exclamó:

—¡Cómo una depresión! No tenemos de eso en África.

—Es la enfermedad de la tristeza. Los médicos usan el término *depresión* cuando alguien de repente lo ve todo más negro que el día anterior sin que nada haya cambiado; la fatiga lo abrumba, lo invade y lo bloquea todo.

—¿Qué tratamiento recomiendan?

—Antidepresivos.

—¿Funciona?

—Ya ves el resultado.

Observamos a mamá, que acababa de sentarse en la banqueta —o, mejor dicho, de dejarse caer desma-dejada— como un títere abandonado por su marionetista, el tronco vencido, los hombros caídos, las caderas flojas, las piernas torcidas, el cuello roto. No había ninguna energía que mantuviese unidas las piezas de mamá.

El tío Bamba continuó en voz baja:

—Error en el diagnóstico. Te garantizo que Fatou está muerta. Y tú vives con el zombi de tu madre.

—¡Cállate!

—Te lo demostraré. ¿Qué es lo que caracteriza a un muerto? En primer lugar, no oye.

Mi tío dio un puñetazo en la mesa. Mamá no se inmutó.

—Tu madre está sorda como una tapia.

—A lo mejor es un problema de oído...

—En segundo lugar, el muerto no ve nada, ni siquiera con los ojos abiertos. En tercer lugar, su mirada está vacía.

Tuve que admitir que los ojos de mamá, tan vidriosos como los de un pez en la pescadería, contaban tantas historias como una caballa sobre un lecho de hielo.

—En cuarto lugar, la piel del muerto cambia de color.

Con un gesto hacia su hermana pequeña, el tío señaló la tez de chimenea —gris verdosa— de quien no hace mucho lucía una encarnación de caramelo. Suspiró.

—En quinto lugar, el muerto no presta atención alguna a los demás. No hay nada más egoísta que los muertos, unos auténticos vivalavirgen. ¿Cuida de ti?

Palidecí y protesté:

—Hace la comida, limpia la casa...

—Por reflejo, por costumbre, como una gallina que sigue corriendo después de retorcerle el pescuezo.

Admití su argumento bajando la cabeza. Siguió con su enumeración alzando el pulgar de la mano izquierda:

—En sexto lugar, el muerto no habla. ¿Cuál es la última vez que charlaste con tu madre?

De nuevo las lágrimas se me agolparon al borde de las pestañas. Aunque parecía dispuesto a continuar desgranando su lista, el tío renunció al percatarse de mi angustia. Me agarró las rodillas.

—Tu madre aparenta estar viva, pero está muerta, Félix.

Las lágrimas rodaron a borbotones; esta vez dejé que me vencieran. ¡Adiós a mi honor! Qué más daba...

Ceder me abatía y me aliviaba al mismo tiempo: alguien por fin compartía la preocupación que me oprimía desde hacía meses, alguien se sentía preocupado, ya no volvería a angustiarme solo. Aunque el hermano de mamá utilizase palabras aterradoras, esas palabras me torturaban menos pronunciadas que cautivas en mi mente. Sí, mi tío tenía razón: había perdido a mamá, me había abandonado, estaba viviendo con una extraña. ¿Dónde estaba la mujer que se había largado dejándome plantado? La echaba de menos... ¿Seguía viviendo en alguna parte? Entre hipo e hipo, balbuceé:

—¿Se puede curar?

—Se cura a los vivos, no a los difuntos.

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Qué hacemos?

—Hum...

—¿Nada?

—¡Resucitarla!

Mi tío se levantó, porte altivo, esbelto, piel de ébano, cabellos de azabache. Se estiró elásticamente, se acercó a la ventana, escupió el tabaco de mascar que rumiaba desde el postre —esperemos que la portera lave los cubos de basura en el patio— y aspiró el aire de la noche frotándose la nuca. Recordé que, según mamá, en su aldea consideraban a este atleta alto y seco un indómito guerrero, intrépido y tenaz, el último recurso cuando se mascaba la tragedia. ¡Confianza! Sobre todo, no fiarme de la primera impresión, de su pinta de africano juerguista, de su estilo de rey de la Sape, esos dandis de la rumba africana, especialmente esta noche en que lucía un terno amarillo canario encima de unos zapatos puntiagudos de cocodrilo rojo.

Se giró hacia mí, sereno.

—¿Conoces a alguien que resucite a los muertos?

—No.

—Ok —contestó flemático—, lo buscaremos. ¿Dónde guardas la guía telefónica?

—La... ¿qué?

—La guía telefónica. El mamotreto en el que se consignan los números de teléfono. La amarilla, la que clasifica a la gente por su profesión.

—Pero..., pero... ¡Eso ya no existe!

—Ah, ¿no?

—Usamos Internet.

—Ok, no hay problema, pásame tu ordenador.

Su indolencia me sacó de mis casillas. Grité:

—¡Mierda, tío! ¿Y dónde vas a buscar? ¿En «Resucitador»?

Sonrió a modo de respuesta.

Durante años, mamá había representado exactamente el polo opuesto a la melancolía que hoy la embrutecía. Viva, ocurrente, curiosa, radiante, expansiva, cantaba con una voz de seda, sensual, vigorosa, suavizada por su acento tropical; se sorprendía, se rebelaba, se interesaba por todo, se reía de la mayor parte de las cosas, me comía a besos desde el amanecer —cuando me despertaba rascándome la espalda—, hasta la noche —cuando me contaba las anécdotas del día en un tono goloso, porque, no se cansaba de repetir, «siempre hay que contar las historias antes de que se enfríen».

Mamá era dueña del café bar de la calle Ramponneau, en Belleville, un salón estrecho con paredes de color azafrán en el que se congregaban los vecinos. Había tenido la precaución de llamar a su establecimiento *El Curro*; así, cuando uno de los parroquianos, acodado en la barra, teléfono en mano, tenía que contestar a una esposa, un marido, un compañero de trabajo o un jefe dónde estaba, respondía con absoluta franqueza: «¡En El Curro!».

—Así se quedan y consumen en mi casa. Nadie se atreve a molestarlos ni a protestar, porque están en El Curro.

Mamá poseía un don especial para calificar objetos, animales y personas. Gracias a ese don, desactiva-

ba las trampas de la existencia. Tan pronto como abrió el bar, arrancó la placa con la indicación WC de la puerta correspondiente y pegó el cartel de «A solas y en calma». Al gato del ultramarinos vecino, un morrongo rojo, peludo, siempre ovillado cerca de la caja registradora, que incomodaba a los parroquianos estornudando cuatro veces por minuto, le había cambiado el nombre por el de Achís, un apodo adoptado *ipso facto* por nuestros clientes. Ahora lo apostrofaban tronchándose de risa, en lugar de enfadarse con él como antes, y se alegraban de que Achís estornudase haciendo honor a su vocación patronímica.

Por su cuenta y riesgo, siguiendo su inveterado impulso, había salvado a las lesbianas de la calle Bisson, dos robustas y desabridas treintañeras, cuya unión manifiesta y sin tapujos había provocado comentarios despectivos entre los botarates —que eran legión incluso en nuestro vecindario—. A sus espaldas, mamá había cambiado el nombre de las tortilleras por Belote y Rebelote, remoquete que corrió como la pólvora, provocando sonrisas espontáneas entre los que se cruzaban con las dos mujeres —sonrisas que con el tiempo acabaron devolviendo—. ¿Quién se imaginaba ahora la calle Ramponneau sin Belote y Rebelote? Nos habríamos quejado en el Ayuntamiento de su desaparición. Por la simple virtud nominativa, mamá había vuelto su relación tan legítima como divertida.

Embellecía la vida cual hada bienhechora. Su don para las palabras había curado de su aislamiento a una asidua a nuestro bar, la frágil señorita Tran, una

encantadora euroasiática con ojos de caoba, demasiado reservada para entablar conversación con nadie, que venía diariamente a saborear un dedal de sake. Un sábado, cuando la señorita Tran se había acercado a la barra con el cachorro juguetero que acababa de comprar, mamá le sugirió que le llamase *Señor*.

—¿Señor?

—Señor. Hazme caso.

La señorita Tran había obedecido sin saber por qué y, desde entonces, los hombres acudían a ella como moscas. En las calles por donde paseaba su caniche sin correa, llamaba al chucho gritando con voz aguda: «¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!». ¿Conclusión? Creyéndose interpelados por la seductora joven, los machos de los alrededores acudían a la carrera, descubrían el malentendido, se reían, se sonrojaban, acariciaban al animal a falta de no poder acariciar a la señorita Tran y, acto seguido, se ponían de cháchara. Desde entonces gozaba de una espectacular corte de pretendientes de la que un día, huelga decirlo, le saldría un marido.

—Pero mi obra maestra eres tú —repetía mamá—: ¡Félix!

Me había bautizado Félix, convencida de que mi nombre —*felix* significa ‘feliz’ en latín— me forjaría un destino encantado.

Sin ningún género de dudas, tenía razón... Los dos éramos felices en nuestro apartamento abuhardillado, en el sexto piso del edificio que albergaba el bar.